

vivo, más arraigado en el corazón de los franceses, el sentimiento que ha sobrevivido á todas las reacciones, aquel que no han podido matar ni dos golpes de Estado, ni dos Imperios, ni la restauración; en una palabra, el sentimiento de igualdad. Así la sentencia

absolvió al príncipe, pero asesinó á la dinastía. Ya no tiene remedio, recorrerá su órbita ese astro siniestro, irá del proceso al plebiscito, del plebiscito á la guerra, de la guerra á la ruina y al destronamiento. ¡Hay Providencia!

CAPITULO XXVI.

EL PLEBISCITO.

Este nombre viene de los antiguos comicios por tribus, donde el pueblo, la plebe, daba leyes propuestas por los tribunos, y en cuya redacción, sanción y promulgación, nada tenían que ver, ni la aristocracia ni el Senado. Allí, donde la ciudad estaba dividida en clases, el nombre de plebe cuadraba perfectamente á la clase inferior, y el nombre de plebiscito á sus disposiciones y á sus decretos. Pero entre nosotros, en esta sociedad profundamente democrática, donde las clases han desaparecido y se han borrado en la igualdad de derechos políticos, en la igualdad de aptitudes para conseguirlos y practicarlos, el plebiscito tiene sentido claro y concreto de ley dada por todos los ciudadanos en pública y solemne votación.

La idea del plebiscito era una idea esencialmente napoleónica. Por plebiscitos se sancionaron los golpes de Estado y por plebiscitos se dieron las constituciones imperiales. Napoleón no olvidaba jamás el carácter latino de su autoridad, la sombra de Roma estendiéndose sobre su trono; y se creía por su espada

jefe del ejército, imperator; y por su diadema jefe del pueblo, César.

Este nombre de César resumía toda una política y encerraba todo un ideal. Este nombre era el genio, corrompido y corruptor, sin más ley que sus inspiraciones, ni más títulos que sus victorias, yendo después de haber pasado por los campos de batalla como el águila por las tempestades sin quemarse las gigantes alas á destruir el Senado y las antiguas magistraturas republicanas con pretexto de haber sido falseadas por el orgullo de los patricios y la codicia de los caballeros, sobre cuyos huesos ofrecidos en gigantesca inmolación á las furias de la venganza, alzabase, erguíase una dictadura gigantesca, colosal, secular, que repartía trigo sacado de la annona pública y daba fiestas pagadas del público erario al pueblo, para que entregase, á cambio de estas fáciles y rápidas satisfacciones de su estómago y de sus ojos, el derecho, la dignidad y la conciencia.

Napoleón III sabía bien que no le era dado frisar con la magnitud de tan grande genio,



Así no aspiraba á ser César, aspiraba á ser el sobrino de César, aquel Augusto, astuto, doble, perseverante, tenaz, que corría como la zorra, que se doblaba como la serpiente; y sin valor moral pues, se ocultaba bajo las camas cuando oía tronar, y sin valor guerrero, pues temblaba delante de las legiones, supo á fuerza de arrastrarse, fortalecer la obra del génio, herir y castigar á Bruto que representaba la República, herir y castigar á Ciceron que representaba la tribuna, herir y castigar á Antonio que representaba la tutela del ejército sobre el Imperio, vinculando así en la familia y en los descendientes de César la autoridad de Roma y la dominación del mundo.

Y para esta política, había necesidad de dos elementos: de un ejército, cuyo brazo férreo sostuviese, y de un pueblo, cuya alma inmensa avivase al Imperio. Augusto, era, pues, Emperador del soldado y César de la plebe. Y lo que Augusto, era ó creía ser Napoleón III. Mas de pronto, por el eclipse de su estrella, por la aparición de diversos puntos negros en sus horizontes, vióse obligado á volver sobre sus pasos, y á renegar de una parte de su obra; á llamar á los oradores y decirles que compartieran sus trabajos y participaran de su autoridad absoluta; á levantar la tribuna donde hubiera querido tener clavada perpétuamente la lengua de Ciceron, y perpétuamente mudo el génio de la elocuencia. Los parlamentarios, los eclécticos, los constitucionales, los jefes de la escuela doctrinaria, los que perdieron á Luis Felipe con sus pomposos discursos y sus eternos debates; verdaderos recuerdos de la decaída clase ecuestre de Roma, se frotaron de júbilo y gozo las manos, se creyeron llamados á resucitar el antiguo Parlamento y á establecer su antigua oligarquía. El viejo Guizot tendió ambas manos sobre la cabeza del joven Ollivier, que se ufano de haber restituido á Francia las libertades necesarias y haber restaurado nuevamente el poder y la autoridad del Parlamento. Napoleón III, que no era ni po-

dría ser miope hasta el punto de no pensar que si el régimen doctrinario renacía, encontraba bien pronto su natural representación y su símbolo propio en los Orleanses, saltó sobre todo, y dijo: yo soy, yo he sido, yo seré el Emperador del Ejército, y el César de la plebe. Al ejército le daré, contra vuestros temas de la paz perpétua y contra vuestros idilios de la virtud del trabajo, contra vuestras pacíficas tradiciones, una guerra en que le sacie de sangre, de carne humana, de rico botín, de despojos, de gloria, y de conquista. Y al pueblo le llamaré á un plebiscito, para demostrarle que él y yo somos, que él y yo reinamos, que él y yo nos entendemos, sin necesidad ninguna de esos charlatanes, de esos gárrulos, de esos abogados perpétuos, que arruinan y deshonoran á todos sus clientes. Aquí no hay sino el César, el ejército y la plebe.

El día 23 de Abril de 1870 apareció en la *Gaceta oficial* solemnemente la fórmula del plebiscito, que era como sigue: «El pueblo aprueba las reformas liberales hechas en la Constitución desde 1860 por el Emperador, con el concurso de los grandes Cuerpos del Estado, y ratifica el Senado-consulta de 20 de Abril de 1870.» Debía responderse á esta fórmula por un sí ó por un no. ¿Y cómo era la constitución reformada? Desde luego veíase que el Emperador se reservaba todo el poder constituyente: la iniciativa de las reformas constitucionales, su redacción, su proposición, dejando pura y simplemente al pueblo convocado en diadado y para este solo objeto, una ilusoria sanción. El Cuerpo Legislativo, inmediatamente derivado del sufragio universal, y participe de la autoridad pública por su intervención directa, así en el voto de las leyes como en el voto de los impuestos, no aparecía por ninguna parte, brillaba por su ausencia. Dignábase á lo sumo contarle el César entre los altos Cuerpos del Estado, entre el gran Consejo imperial y el Senado, nacidos del favor; como el patricio romano contaba al esclavo entre el

perro de caza y las yuntas de labranza. Luego lanzaba los ánimos en la mayor incertidumbre, pues parecía que al exigir un sí ó un no, si se contestaba sí redondamente se afirmaba el Imperio, y si no, se reprobaban las reformas liberales.

Pero los ánimos verdaderamente enteros y las conciencias republicanas no debían tener ningún género de escrúpulo en votar contra la fórmula del plebiscito. Esas reformas liberales tan decantadas, quedaban reducidas en el fondo á la glorificación y á la apoteosis del poder y de la autoridad personal. No hay sino leer algunas de las nuevas cláusulas para sentir cómo confirmaban la vieja autoridad. El Emperador es responsable ante el pueblo francés, al cual tiene derecho siempre de apelar. El Emperador manda la fuerza de mar y tierra. El Emperador declara la guerra. El Emperador hace los tratados de paz, de alianza y de comercio. El Emperador nombra todos los empleados. El Emperador convoca, proroga el Senado y suspende sus sesiones. El Emperador lo hace todo. Persigny, el estrambótico teorizante del Imperio, el vago doctor de las teorías cesaristas, el que andaba buscando formas alquímicas aplicables á su política fantástica, decía, enternecido de entusiasmo, extático de admiración, que en el nuevo Código se habían hallado todos los medios de fundar la libertad democrática de Francia sin perder el gobierno personal de César, lo cual equivalía á decir que se había encontrado el medio de hacer salir el sol á media noche.

Sobre todo, se reservaba el César dos derechos que en sí contenían la vida de la sociedad, el génio de Francia; se reservaba el derecho de apelar al pueblo, amenazar á pacífica pero segura á la soberanía de los Cuerpos Colegisladores y el derecho de declarar la guerra, cebo arrojado á la voracidad del ejército. Cuando el Cuerpo Legislativo más seguro estuviera de sí mismo, y más decidido á seguir un sistema político, el Emperador, para

contrariarle no tenía más que traer un plebiscito; y si el pueblo mismo claudicaba, no tenía más el Emperador para meterlo en razón, y en cintura, que espolearlo con una buena guerra, y llamar á la escena pública al ejército. Por todos los medios, por todos los caminos, iba aquel hombre orgulloso, ébrio de sí mismo, creído de que la sociedad entera se resumía en su persona, especie de Dios, infalible, inefable, omnipotente, á recoger en su inteligencia todas las ideas, en su voluntad todas las fuerzas, en su imaginación todos los espejismos, en su ser todos los seres, en su personalidad todas las personas de Francia.

Y había perdido mucho en las irreparables desgracias de su política interior y exterior. Pero los demagogos parecían empeñados en vivificarlo y robustecerlo. La imprudencia de Rochefort, la temeridad de Flourens, la agitación permanente, los motines diarios, las carreras en las calles, las manifestaciones tumultuosas, las barricadas de improviso, los combates de continuo, las conjuraciones y los regicidios, la fiebre socialista en todo su delirio, la pasión demagógica en todo su desfreno aterraban al pueblo francés y le conducían forzosamente á los pies del Imperio: que toda sociedad ha preferido y preferirá siempre el despotismo á la anarquía.

Sobre todo, lo que más aterraba era el espectáculo de las reuniones públicas. Los republicanos históricos también tienen su rediviva arqueológica como el marqués de Villena. También los republicanos históricos, como los emigrados realistas, ni aprenden ni olvidan cosa alguna. Despiértanse, después de veinte años de desgracia, y vuelven á los errores que los han llevado á la derrota y al destierro. La difusión de la utopía socialista y la imposibilidad de realizarla fueron las dos causas primeras en mil ochocientos cuarenta y ocho de nuestra irreparable ruina. La revolución francesa ha engendrado multitud de propietarios; y estos propietarios



se veían amenazados en lo que aman al igual de la vida, en sus campos, y en sus cabañas. Pueblo trabajador el pueblo francés, dado al comercio y al ahorro, en las revoluciones violentas, en las crisis graves nada tiene que ganar y mucho que perder. Estar sonando perpétuamente la trompeta de la revolución en sus oídos era como sonar la trompeta del Juicio final. Y se lanzaba, pálido y trémulo de espanto en brazos del César, sólo porque el César representaba la estabilidad. Un día, en ruidosa reunión pública, llamaron al Emperador ladrón, asesino, y propusieron los medios de castigarlo, el presidio, la cárcel celular, la horca, el puñal, la guillotina. Al día siguiente tamañas insensateces eran recogidas con avidez por la prensa oficial, condensadas en folletos de corte, y remitidas en grandes remesas á provincias á fin de que aprendieran y se edificaran los pueblos.

Bajo malos auspicios pues venía el plebiscito, bajo los auspicios del terror público. Todo cuanto se había ganado con veinte años de tenaz y prudente propaganda iba á perderse en veinte meses de desenfreno y de locura. Las sociedades humanas no pueden vivir en esa exaltación continua. La tempestad es en ellas, como en la atmósfera, un pasajero accidente. La fiebre diaria, la fiebre continua, la fiebre eterna parece á primera vista un exceso de vida y es realmente causa de tisis y de segura muerte. El querer llegar con la mano á lo imposible es una demencia. Y la demencia social, como la demencia individual, exige sin remedio y sin excusa el encierro. Tras todas las orgías de la libertad ha venido el sueño brutal del despotismo. Tras todas las guerras civiles entre los partidos avanzados ha venido la oprobiosa dictadura. El sable ha curado con heridas materiales las heridas morales del sofisma. El César se ha llamado un salvador y lo han creído hasta aquellos mismos sobre cuyas espaldas erigía su soberbia autoridad. Cuántos de los infames, que mandaron á Vergniaud, á Danton, á

Robespierre al cadalso, fueron luego los cortesanos de Napoleón, y se ufanaron de su infame librea, y transmitieron en títulos bizantinos la deshonra y la ignominia á su posteridad.

El Emperador revelaba todo el móvil de su política y todo el secreto de su plebiscito, en las siguientes palabras: «Dadme nueva prueba de confianza, depositando en la urna un voto afirmativo, y conjuréis las amenazas de la revolución, y asentareis sobre sólidas bases la libertad, y hareis más fácil en lo porvenir *la trasmisión de la corona á mi hijo.*» En efecto, el asegurar la dinastía era todo el empeño de la política, todo el móvil de los plebiscitos. Emilio Ollivier, que se había dado á imitar el estilo de Lamartine, careciendo por completo de su estro poético y de su gusto literario, trazaba en tierna pastoral égloga una imagen virgiliana de aquel César, consagrado como el labrador, á contar sus bueyes y sus borregos, para transmitirlos con toda su hacienda al hijo de sus entrañas en la hora de tranquila y bendecida muerte. Esta literatura sentimental, en que los tigres se vuelven corderos, me recuerda los idilios con que los infames esclavistas bordan el tema de la esclavitud: el negro seguro de su alimentación, cuidado como el mejor caballo, recluso en su cabaña á la sombra del cocotero y de la palma real, advertido más que castigado por el látigo, educado y corregido en el cepo, teniendo á su amo por su patriarca y á su ama por su diosa, cantando el tango melancólico, que recuerda el viento del desierto y el rumor de las selvas, incapaz de sentir sus cadenas materiales, su rebajamiento moral, su falta de dignidad, su condición de cosa aprovechable, la venta de su mujer y de sus hijos, porque vive completamente despojado de personalidad y de conciencia, como enorme feto en las pródidas entrañas de la naturaleza. La trasmisión de las naciones como se transmiten los establos ¿no os parece el mayor de los

sarcasmos del poderoso, y la mayor de las injurias al débil?

Los cortesanos auxiliaban poderosamente á su César. En la calle de Rívoli, bajo la presidencia del Duque de la Albufera, habían organizado una comisión directiva, que escribía programas, circulares, cartas, carteles, periódicos, proclamas, folletos, boletines, conjurando al pueblo á que votase sí, y diciéndole que salía de una constitución cesarista y entraba en una constitución liberal. Todos los funcionarios públicos se ponían al servicio de esta comisión: los alcaldes nombrados por el gobierno, los guarda-campestres y los guarda-bosques, árbitros de la tranquilidad y del reposo de muchas familias; los peatones y los carteros que pueden llevar más pronto á la madre ansiosa, á la novia enamorada, al comerciante inquieto, la deseada carta; el estancero que vende al fiado y reclama el pago ó el voto; los curas, que pueden dar el cielo ó precipitar en el infierno; los maestros de escuela, que disponen del alma de los niños, y el brigadier de la gendarmería, que dispone de la libertad de los ciudadanos; toda la inmensa red de empleados tendida, como una malla de cadenas, desde las cúspides más altas de la sociedad hasta el fondo de las cabañas. Alcalde hubo en Francia que dividió las gallinas, sí, en gallinas de orden y gallinas de revolución, y no hay decir que para estas se hallaban cerrados los graneros y los campos del municipio. Con estos elementos de fuerza y estos abusos de administración, á la verdad, no era difícil que en público aprobase en las urnas lo mismo que reprobaba en la conciencia.

Muchos y muy gigantescos esfuerzos eran necesarios para contrastar tanto poder. La izquierda de la Cámara comprendió que estaba perdida si no podía organizar frente á frente de la comisión imperial una comisión republicana. Y organizó é instaló en la calle de La Sourdiere una junta directiva que se le-

vantara frente á frente de la junta directiva instituida é instalada en la calle de Rívoli. Pero ¡cuántas dificultades y cuántas divisiones! ¡Qué organización tan poderosa, qué fuerzas tan grandes, qué conjunto de miras tan completo, qué unidad de pensamientos de acción en todos los imperialistas, y qué divisiones tan profundas, qué desorganización tan completa, qué falta de unidad de ideas y de unidad de acción en las filas republicanas!

Primeramente, el cáustico Mr. Picard, orador distinguidísimo del Cuerpo Legislativo, muy dado al sarcasmo, y como todos los oradores sarcásticos, viendo el lado peor de las personas y de las cosas, la levadura de ridículo y de mal que á todas las obras humanas se mezcla, desertaba de la junta de diputados pretestando que no quería firmar ningún manifiesto conjuntamente con los periodistas. Por eso le decía el estóico Peirat estas palabras históricas, que recuerda con grande oportunidad Claretie en su Historia de la Revolución. «V. es de los nuevos en el partido, y por eso indudablemente ignora que en los tiempos en que los diputados se llamaban Manuel ó Foy, no tenían á ménos poner sus firmas al lado de periodistas que no todas se llamaban ciertamente Benjamin Constant.»

Aparte de estas cuestiones personales, había otros motivos de disenso más profundos y más graves entre los miembros de la comisión republicana. Unos, como Simon y Grevy, pertenecían á la escuela que deseaba concluir con los poderes permanentes y hereditarios para reemplazarlos por los poderes amovibles, responsables, republicanos, pero sin salir del régimen parlamentario ni quitar á las clases medias la dirección de la democracia; otros, como Peirat y Delescluze, estaban por la revolución francesa, por el código de noventa y tres, por el Estado fuerte, por la dictadura republicana, por la Convención permanente, por la dictadura Jacobina, por el ideal de Robespierre; mientras algunos se-